

LA IMAGEN INFINITA

REFLEXIONES SOBRE LA ESPECIFICIDAD ONTOLÓGICA DE LA IMAGEN-PIXEL¹

Rodrigo Zúñiga

Resumen: Este artículo propone una reflexión especulativa, en clave ontológica, en torno a la naturaleza de la imagen de síntesis o “imagen-pixel”. La idea central de esta especulación apunta a que la imagen-pixel no es nunca, simplemente, una imagen-pixel: en virtud de su constitución binaria inmanente, esta imagen implica necesariamente otras imágenes. Considerada en su unicidad, es virtualmente infinita. He aquí por qué la imagen-pixel, desde un punto de vista ontológico, representa un acontecimiento sin precedentes en el ámbito de las imágenes. Interesa demostrar en esta reflexión, que la imagen-pixel constituye una “potencia-acto” del modelo binario, es decir, una efectuación cabal de este modelo, pero que, a la vez, se abre siempre a nuevas imágenes, a nuevas efectuaciones igualmente cabales del modelo binario. Esta paradoja busca ser examinada volviendo sobre distintas fuentes clásicas y modernas, en la intención de hacer del aparecer de la imagen-pixel un caso eminente para la reflexión ontológica de nuestros días.

Palabras clave: imagen-pixel, imagen digital, aparecer, potencia, potencia-acto, posibles digitales

Abstract: This article proposes a speculative reflection, in ontological key, about the nature of the synthesis image or “pixel-image”. The main idea of this speculation aims at saying that the pixel-image is never just *one* pixel-image: because of its immanent binary constitution, this image necessarily *implies* other images. Considered in its uniqueness, it is virtually infinite. This is why the pixel-image, from an ontological point of view, represents an unprecedented event in the area of images. The intention of this reflection is to show that the pixel-image constitutes a “power-act” of the binary model, that is, a complete accomplishment of this model but which, at the same time, always leads to new images, to new equally complete accomplishments of the binary model. This paradox wants to be examined recurring to different classic and modern sources, with the purpose of turning the appearance of the pixel-image into an eminent case for a contemporary ontological reflection.

¹ Este artículo fue realizado en el marco del proyecto Fondecyt N°1130016 (2013-2015): “*De la piel fotográfica a la ultrapiel digital. Contribuciones para una analítica filosófica de la ‘aparición’ digital en el debate post-fotográfico contemporáneo*”, del que el autor es investigador responsable.

Key words: pixel-image, digital image, appearance, power, power-act, digital possibles

1. La paradoja de la imagen infinita

Data de 1993 una observación de Philippe Quéau, entonces Director de la División de Información e Informática de la UNESCO y pionero de la ontología digital, según la cual, para comprender verdaderamente la naturaleza de la imagen de síntesis, se precisa ante todo “inteligir el modelo que la engendra” (1993: 31). En su clásico libro *Le Virtuel. Vertus et Vertiges*, el autor aseveraba que el estatuto de estas imágenes nuevas se resumía en dos ideas centrales. La primera, que estamos frente a entes “de lenguaje” (*langagière*), es decir, de cálculos originados a partir de modelos matemáticos y programas informáticos. La segunda, que estos entes se encuentran en permanente estado de transición, “siempre en potencia” (*toujours en puissance*), siempre en estado de apertura y de despliegue hacia otras imágenes o hacia otras variantes de la misma imagen. Por ello, a juicio de Quéau, cualquier tentativa ontológica debiese, en principio, explorar la relación entre el modelo y sus encarnaciones. La originalidad de la imagen de síntesis radicaría, precisamente, en “esta alianza [...] entre lo formal y lo sensible” (1993: 31).

Lo interesante de esta formulación es que sugiere que una imagen de síntesis no es nunca, simplemente, una imagen de síntesis. Se trata de una imagen, pero siempre en estado de devenir, y, por ende, susceptible de una completa transformación. El modelo binario implica, en todo momento, a partir de una imagen dada, otras imágenes posibles. Por ello, cada imagen está relacionada, aunque fuere implícitamente, con cualquiera de esas otras imágenes que el modelo sería capaz de concebir.

Habrà que decir que el interés teórico de Quéau no se dirigía a este punto en concreto. Prefería ligar esta discusión con las virtudes hiperreales de las imágenes de síntesis (por ejemplo, con la Realidad Virtual) y con su capacidad para entretejer vínculos que se creían improbables entre realidad y simulación sensorial. Por mi parte, tomando el relevo de las observaciones de Quéau justo en el punto en que el autor optó por otros análisis, prefiero encaminar esta reflexión justamente por la vía de esa relación entre el modelo, la imagen y los posibles. Hay fundadas razones que me asisten en esta decisión. Por primera vez en la historia de los medios de representación, lo digital instala la paradoja de una imagen que encarna, en su unicidad, una multiplicidad intrínseca. He aquí un rasgo fundamental, no siempre atendido con rigor, de la imagen de síntesis o *imagen-pixel* (denominación que propongo utilizar con el exclusivo propósito de enfatizar la maleabilidad sin precedentes de estas imágenes en razón de su conformación en píxeles, que, como se verá, atañe centralmente al asunto que quiero analizar). Con la imagen-pixel, sucede como si la imagen pasara a concebirse como una potencia inmanente que se abre a innumerables posibles; tantos, en principio, como quepa colegir de su modelo formal (binario).

Desde ya valen aquí algunas advertencias. ¿Cómo es que una imagen, resultado de un cálculo, daría cuerpo a una potencia? ¿Acaso se pretende que debe ser entendida como una sustancia, como una entidad que comprende ciertas capacidades autónomas? Evidentemente no es el caso, pero tampoco habría de ser necesariamente equiparada a una sustancia para reclamar en ella una potencia (basta recordar la estrategia platónica en relación con la mimesis y el simulacro; para Platón, la imagen comprende en sí misma una potencia de repetición de lo real, una potencia mimética, que amenaza con un verdadero desfondamiento ontológico). El punto acá es otro. La imagen-pixel, en la medida en que encarna y actualiza un modelo binario que la predetermina como una versión posible del mismo modelo, deviene simultáneamente un evento relacional, una imagen de envergadura desconocida, imagen que se abre a otras imágenes. Es eso lo que entenderé como su potencia inmanente (de apertura y de relación).

De hecho, esta idea ha sido un *leit motiv* en la reflexión sobre lo digital. Lev Manovich advirtió, en su momento, sobre la posibilidad de una combinatoria potencialmente ilimitada como algo propio de lo digital, en atención a la cantidad de campos (*layers*) factibles de subdividir, controlar y modificar en una sola y misma imagen (2001: 138). Insinuaba que con la imagen-pixel podemos operar como si se tratase de una imagen infinita, inagotable. El criterio propuesto por Friedrich Kittler resulta similar, aunque su tratamiento de la inmanencia apunte en otra dirección. En su reconocido estudio *Optical media* (2010: 26), llamaba la atención sobre el hecho de que la tecnología digital representa una paradójica liquidación de la imagen en la imagen misma (“*Digital image processing [...] represents the liquidation of this last remainder of the imaginary*”). Inmanencia plena y modulable, esta nueva imagen, según Kittler, abandona la naturaleza óptica y deviene un ‘inmaterial’ cuantificable. Vaya paradoja: imagen fuera de la óptica, imagen puramente diáfana, hecha de luz sobre luz, ella resulta, sin embargo, plenamente cuantificable y traducible, por lo mismo, en información.

Estas consideraciones teóricas ya destacaban que la apertura inmanente de la imagen-pixel, como la estoy entendiendo acá (el hecho de encarnar, en su unicidad, una multiplicidad intrínseca y una posibilidad implícita de relación con cualquier otra imagen) constituye un factor de primer orden para el análisis de su especificidad ontológica. Sumándose a ese criterio, la reflexión que propondré a continuación pondrá su atención, de manera exclusiva, en el carácter del *aparecer* de la imagen-pixel. Hay una manera sencilla de enunciar mi postulado inicial: en ese *aparecer*, obra *siempre ya* la determinación de la inmanencia.

La conectividad planetaria agrega otro factor que no sabríamos eludir (el de los usos y hábitos digitales), pero, por motivos metodológicos, me concentraré específicamente en el modo como esto concierne, también, al *aparecer* de la imagen-pixel. En la actualidad, experimentamos un nuevo *común* de las imágenes —el ensamble del que todas ellas formarían parte, por el solo hecho de compartir un mismo lenguaje formalizado. La totalidad de las imágenes-píxeles (si cupiera imaginar algo como

eso) están referidas entre sí: forman un *continuum* digital, en el que se funden y re-ensamblan secuencias de información que se transfieren entre unas imágenes y otras. Por supuesto, nadie puede “ver” eso en su escala real. ¿Qué clase de objeto imaginario, abigarrado, tendríamos que representarnos para figurar los movimientos e intercambios que se dan permanentemente entre las imágenes-píxeles, en el tráfico entre nuestros computadores e Internet? Un esfuerzo de imaginación inverosímil se necesitaría para apenas columbrar ese *objeto continuo imposible* conformado por los trasposos entre imágenes, con sus polinizaciones, adiciones y transformaciones (quizá, a fin de cuentas, cada imagen-píxel no sea más que una modulación; modulación que acontece en ese objeto continuo imposible que es el *continuum* digital).

De ahí se deduce el alcance desconcertante que cobra lo que un momento atrás llamaba *apertura* de la imagen-píxel. Pues claro, ¿qué puede significar “apertura” o “relación” en un contexto donde lo abierto mismo –el *continuum* digital– supera toda magnitud? La imagen-píxel (*pre*) existe en estado de *apertura*, en lo abierto (el *continuum* digital). Por eso pareciera que está siempre en trance de devenir, siempre a punto de ser modificada. Su estructura profunda (el código binario) la hace *aparecer* en un soporte que no es soporte físico, sino pantalla líquida, y que por lo mismo no la fija para siempre, que no la *fija* siquiera, como sí ocurría con la fotografía análoga. Su condición inmanente se traduce en que ella aparece en lo abierto mismo, el *continuum* digital, como una unicidad que es también una modulación, una transición, un pasaje. Como se ve, de lo vertido hasta aquí hay varios puntos de interés para una meditación ontológica de la imagen-píxel:

- (i) La imagen-píxel no es nunca, simplemente, *una* imagen píxel; encarna una multiplicidad intrínseca, porque despliega una potencia inmanente que se abre a innumerables *posibles*.
- (ii) La imagen-píxel (*pre*) existe en estado de *apertura*; constituye una modulación en lo abierto del *continuum* digital.
- (iii) La imagen-píxel, considerada en su unicidad, es virtualmente infinita.

Ahora bien, ¿cómo desarrollar estas caracterizaciones? ¿Cómo avanzamos en una propuesta de especificidad ontológica de la imagen-píxel? Dicho de otro modo: ¿Qué significa que en la imagen-píxel se den cita un modo de la unidad y un modo de lo abierto? ¿Cómo pensar, en consecuencia, la paradoja de una *imagen infinita*?

2. La imagen-píxel y la implicación

Mi asunto toma, aparentemente, la forma de una encuesta en clave racionalista. ¿Podemos sentirnos sorprendidos? ¿No estoy diciendo, acaso, que en la imagen-píxel se dan cita un modo de la unidad y un modo de lo abierto: la unidad y la apertura, la unidad y lo infinito? ¿No digo que cada imagen-píxel configura un universo potencialmente ilimitado en sí mismo, como mónadas que no se cerraran sobre sí, puesto que cada cual puede ser ensamblada con otras? ¿No he

declarado admisible pensar la imagen-píxel como una modulación que acontece en un *continuum*, o sea, como una entidad que se encuentra arrojada a la apertura y a la relación? No habrá que desmerecer por anticipado, entonces, lo que este cuño “racionalista” sea capaz de encaminar para una pesquisa como ésta; bien puede ser que muchas afinidades secretas o explícitas favorezcan el restablecimiento de lazos con algunos conceptos venerables de la tradición filosófica occidental. Tal vez sea cosa de corregir levemente el punto de mira. Tal vez conceptos que se postulan como dados y superados, revelen, en cambio, una vigencia insospechada a propósito de la especificidad ontológica de la imagen-píxel.

Uno de esos conceptos es la *implicación*. Avancé la idea de que la imagen-píxel, en su *aparecer*, encarna una potencia o principio de implicación, que la vuelve partícipe de lo inconmensurable. Mencionaba la capacidad de traspasar y transformar —desde sí misma y hacia sí misma, desde sí misma y hacia cualquier otra imagen— diversos segmentos, capas o porciones de imagen. Esta primera alusión descriptiva amerita, en lo sucesivo, una atención más detenida. Mal que mal, estas virtudes recién adquiridas en el ámbito de la imagen hunden sus raíces conceptuales en terrenos abonados por otra clase de discusiones (fundamentalmente — ¿imprevisiblemente?— ontológicas y teológicas, radicadas en la sustancia divina, por ejemplo), y estos aparentes descalces enriquecen y hacen ganar nuevos matices a la discusión que me interesa levantar. Si hablamos de la virtud *implicante* de la imagen-píxel, de lleno nos vemos enfrentados a los usos que a este respecto antecedieron largamente el debate contemporáneo, ya sea en la figura de los envolvimientos propios de las mónadas y de la sustancia infinita (Leibniz), ya sea en la de la unidad infinita, envolvente y des-envolvente, que radica en la potencia absoluta de Dios (Nicolás De Cusa), por nombrar nada más que dos casos emblemáticos.

Conviene, empero, ir por partes. Quizá sea momento de retomar la frase de Philippe Quéau que cité al inicio. Para comprender la naturaleza de la imagen de síntesis —decía—, hay que referirla al modelo que la engendra, hay que pensar esa necesaria articulación entre modelo e imagen. Sin embargo, agregó ahora, lo que vemos siempre es una imagen, y no el modelo subyacente. Diré, por lo tanto, que el modelo es *efectuado* en el *aparecer* de la imagen. Y esta aparición se caracteriza por la implicación: en el aparecer de *una* imagen, aparecen implicadas otras imágenes en el mismo acto —cuando menos, queda establecida su relación *hacia* otras imágenes.

Lo anterior no significa que la imagen-píxel *necesariamente* esté vinculada con otras imágenes (a pesar de que nuestra experiencia cotidiana nos dicta, como una especie de prevención, que cualquier imagen que observamos seguramente tiene algún grado de intervención previa o retoque). Aunque efectivamente se trate de *una* sola y misma imagen, aunque no envuelva nada más que su propia aparición o presencia, está *abierta* a la acción implicante en virtud de su código binario. Ahora bien, si la imagen-píxel está alojada en la apertura y en la relación, se debe a que *incluye un principio activo, un principio de relación, que le es inmanente*. Lo cual es radicalmente nuevo. Jamás había sucedido que una imagen comportara un principio

de esta especie. Valga una acotación, entonces: no es cuestión, simplemente, de hablar de un “medio inmaterial” en el que la imagen se hace presente; la inmaterialidad, el pixel, hace advenir la imagen, pero al mismo tiempo la abre *hacia* otras imágenes. Cuando la imagen-pixel aparece, aparece con ella, siempre ya, su ontología de la implicación —su apertura “*hacia*” otras imágenes—, en el *continuum* digital.

3. La imagen-pixel, “una” imagen infinita

A diferencia de las imágenes analógicas (pensemos, sobre todo, en la fotografía), las imágenes-píxeles, completamente moduladas por la luz sintética, aparecen *desde sí mismas*. No son imágenes *contactadas* sobre una superficie fotosensible (película, papel, vidrio, etc.). No están inscritas sobre un soporte físico. No hay, por ende, excavación ni impregnación material que enlace la luz inmaterial con el rastro de unos cuerpos sensibles existentes en alguna trama del espacio-tiempo. Constituyen formas inmanentes que no arrastran la marca de un origen sensible, de un trazo, de una pro-veniencia. Están, aparecen, bajo un modo *ad-veniente* (excusando el abuso lingüístico: son una pura “*veniencia*”). Se diría que advienen de ninguna parte. ¿De ninguna parte? En rigor, *desde* el código binario, *desde* el modelo, con la salvedad de que éste se *efectúa* plenamente en cada imagen-píxel.

Por ello el llamado de Quéau cobraba una importancia capital. Podremos pensar el código binario como una potencia *sui generis*, susceptible de continuas actualizaciones inmanentes, venidas de sí mismas (es decir, del mismo código, que se hace uno con su imagen). Las actualizaciones, o sea las imágenes, no tienen resto: *efectúan*, cada una, el código en plenitud. Al mismo tiempo, sin embargo, pueden ser transformadas una y otra vez, parcial o totalmente. La efectuación del código siempre puede ser re-efectuado en otro avatar, en otra actualización, en otra imagen. Interesante cuestión ontológica: el código es esa *ninguna parte* desde la cual las imágenes-píxeles *ad-venien* plenas de sí mismas —y del código—, pero siempre afectas a sucesivos *ad-venimientos*.

Es ésta la paradoja. Por una parte, la imagen ad-viene en plenitud, porque *efectúa* el código (el aparecer de la imagen es el aparecer del código). Por otra parte, el código puede seguir siendo re-efectuado, sucesivamente, incontables veces. Es el reino de los posibles. Las imágenes-píxeles se encuentran, siempre, en estado de devenir, siempre “en potencia” (aun cuando realicen *toda su potencia* en la efectuación del código). Se trata siempre, en cada caso, de *una* imagen absoluta (potencia que *es* en plenitud el código: potencia-acto). No obstante, será siempre *una* imagen que *implica* otras imágenes (potencia-acto, actualización cabal, a la que aún cabe, sin embargo, seguir ad-viniendo en *otras* imágenes absolutas).

Independientemente de los giros algo vertiginosos a que obliga el argumento, en sí misma la observación principal resulta ser bastante sencilla. La imagen-píxel es *una* imagen absoluta, *una* imagen infinita (pues implica, *ad infinitum*, otras imágenes posibles). Pero la próxima imagen, o cualquier otra imagen que emerja

desde esa ninguna parte que es el código, habrá de constituir también *otra* imagen absoluta. Tal parece que asistiéramos a múltiples absolutos, a múltiples infinitos, a múltiples imágenes-píxeles que encarnasen, cada cual, la potencia-acto de la *efectuación* del código en plenitud. Por todo lo anterior, no moverá a extrañeza que la imagen-píxel, en su aparecer, movilice un conjunto de cuestiones relativas a las relaciones ontológicas entre la unidad y la apertura, entre la unidad y lo infinito (a este propósito cabe hablar de una *unidad implicante*). Lo venía anunciando: la imagen-píxel representa una singularidad, un verdadero acontecimiento en el campo de las imágenes y del aparecer.

4. La imagen-píxel o la paradoja de un *possest* sin sustancia

Como vemos, la paradoja en cuestión indica que la imagen-píxel constituye una *efectuación* del código caracterizada como una *potencia en acto*, potencia-acto que, empero, sigue siendo re-efectuada, sucesivamente, en otras potencias-actos (otras imágenes-píxeles). Ahora bien, el aspecto anómalo de esta cuestión no deja de recordar pasajes centrales de la reflexión que sobrelleva, hacia mediados del siglo XV, Nicolás de Cusa, en un esfuerzo especulativo del que bien pudiéramos sentirnos herederos. Por lo pronto, el filósofo cristiano observó la necesidad de conceptualizar –en un afán que Gilles Deleuze (1988) supo apreciar cómo alcanzaba a la ontología leibniziana de la mónada²– la noción de “potencia absoluta”, de potencia *que es* cabalmente acto, a propósito de la cual acuñara la palabra compuesta *possest*, el “poder-ser” (en un texto seminal de 1460 que lleva por título, justamente, *Dialogus de Possesse*).

Quisiera detenerme brevemente aquí, antes de retomar mi asunto.

En *Dialogus de Possesse* (De Cusa 2014: 51 s.), el autor especula sobre el concepto de actualidad absoluta (*actualitatem absolutam*). Entenderá como actualidad absoluta aquello en virtud de lo cual “las cosas que están en acto son lo que ellas son” (*per quam quae actu sunt id sunt quod sunt*). ¿Por qué la necesidad de pensar esta noción? Porque *tiene que haber* una diferencia radical (una cesura ontológica, diríase) entre Dios y las criaturas, entre el Creador y los existentes, en términos de las potencias que son capaces de desplegar en el ejercicio de sus actualizaciones, de sus esencias. El ser en acto de Dios exige un modo de actualidad y de potencia que no sea el de las criaturas, y ello, a pesar de que las criaturas, de diversas maneras, participan de él como de la única forma infinita (De Cusa 2013: 113-117 [*La Docte Ignorance* II, 3])³. A diferencia de la tradición neoplatónica de un Damascius, por ejemplo, De Cusa señalará insistentemente que Dios “es la forma de ser sin ser, mezclado, *sin embargo*, a la criatura” (2013: 111 [*La Docte Ignorance* II, 2]. Trad. y cursivas, mías).

² El lector interesado puede consultar igualmente la lección del 12 de mayo de 1987 en la Universidad de Vincennes, dedicada a los requisitos de la sustancia según Leibniz, y recogida en Deleuze 2009 (317-343, especialmente 331-333).

³ Cf. De Cusa 2012: 36-47 (capítulos IX y X).

Esa mezcla, ese envolvimiento de todas las cosas por Dios, no obsta, a pesar de todo, a establecer la cesura ontológica que marcaba recién. Por ello, el filósofo planteará que, dado que todo existente *puede* ser lo que es en acto, esa misma *posibilidad o poder* dependerá, a su vez, de una posibilidad absoluta (*absoluta possibilitas*), privilegio de Dios. Lo interesante es que la posibilidad absoluta no podría ser *anterior* a la actualidad absoluta, como cuando se dice, en el plano de los entes, que la potencia precede al acto. Ambos deben ser co-eternos, establecidos en la gloria de Dios.

Digo que es ahora evidente para nosotros que Dios, anterior a la actualidad que se distingue de la potencia y anterior a la posibilidad que se distingue del acto, es el principio simple del mundo. Pero en todas las cosas que siguen de él la potencia y el acto son distintos, de manera que sólo Dios es lo que él puede ser, lo que no es el caso de ninguna criatura, cualquiera que sea, puesto que la potencia y el acto no son idénticos más que en el principio [...] (De Cusa 2014: 53. Trad, mía).

La potencia-acto de Dios no adolece de relatividades, se resuelve en el absoluto de la eternidad: “Es grande como la grandeza que es todo lo que ella puede ser” (De Cusa 2014: 55); “esta potencia absoluta es la visión absoluta, es decir la perfección misma (...) ella sobrepasa todas las otras potencias” (2012: 52. Trad, mía). Se trata, como vemos, de una potencia actuante, cabal y eterna, respecto de la cual las potencias deviniendo actualizadas de los existentes exhiben una limitación manifiesta, en la medida en que se despliegan en el modo temporal de la sucesión (es ésa su “caída”), y no en la actualidad eterna del concepto simple que *es* para sí y que, consecuentemente, es causa de todas las causas y “forma de todas las formas formables” (De Cusa 2014: 63).

Se ve hasta qué punto la reflexión que propongo sobre la imagen-pixel acusa alguna cercanía con estos predicamentos, bien que en un ámbito dispar. He hablado de una imagen que *aparece* implicando otras imágenes y que *actualiza* el modelo, efectuándolo. Pues bien, en tal caso, ¿quién ejerce la potencia activa? ¿Quién ejerce el rol de “Dios”? ¿Quién *hace ad-venir* la imagen? Ya lo sabemos: la imagen viene desde sí misma, plena de sí y del código o modelo. Por ello la respuesta es una sola: *nada, nadie* (“desde ninguna parte”). El modelo y sus criaturas-imágenes son, en rigor, advenimientos inmanentes. Advienen juntos, co-implicándose. El aparecer de la imagen es el aparecer del modelo.

Si se quiere, el aparecer de la imagen supondrá la manifestación *sensible* de esa *ninguna parte*. Aquí no hay Dios ni sustancia, sino plena inmanencia. Lo que sí hay, es ad-venimiento (inmanente), efectuación de una imagen como potencia-acto. ¡Singular *possesit* digital! Si no hay sustancia, ¿cómo deducir que la imagen *ejerce* una potencia activa?

Pongámonos en el caso de que la imagen-pixel autorizara una equiparación con la mónada leibniziana, ya que no con el Dios cusiano. Hay buenas razones para esta suposición. La principal, radica en que la imagen-pixel sería un modo de *unidad*

implicante (unidad que implica, *en razón de su lenguaje binario*, el tránsito *hacia* y la relación *con* otras imágenes). No obstante, debiésemos plantear una prevención que quizá nos ayude a clarificar nuestro propio esfuerzo. Si hablamos de una imagen implicante —abierta a todas las otras imágenes y a todos los *posibles digitales*—, esto podrá deberse no tanto al ejercicio de un principio activo ejercido por la imagen (la imagen no es, en sí misma, una sustancia autónoma), sino a otra cosa: a que se trata de una imagen *inmaterial*. Énfasis importante, que acentúa la conformación misma de la imagen con la que tratamos. Su composición binaria (el pixel), hace de ella un *inmaterial* sujeto a modificaciones de forma y a la re-efectuación de distintos actos-potencias. No estamos en presencia de una unidad activa autónoma (mónada); lo que hay, en cambio, es un tipo de *actividad* sin agente, sin principio de acción. De esa manera, una imagen-pixel será modulada o transformada en cualquier otra imagen-pixel, únicamente en virtud de una potencia de re-efectuación radicada en el lenguaje binario que la constituye y en ninguna otra cosa.

5. La imagen-pixel no es una mónada, sino una unidad inmanente ‘automática’

Una pregunta ha quedado encaminada: ¿Cómo se ejerce la potencia-acto en la imagen-pixel? Para ello, la reflexión de Leibniz resulta ineludible. A diferencia de Nicolás de Cusa, el filósofo alemán planteará que la potencia-acto no reside exclusivamente en Dios (la sustancia infinita), sino también (y particularmente) en las mónadas. Las afinidades resultan seductoras a primera vista; veíamos que el concepto de *unidad implicante*, empleado un momento atrás, pareciera aproximar las imágenes-píxeles al estatuto de mónadas. Mal que mal, operamos sobre el mismo terreno ontológico: la relación entre unidad y apertura, entre unidad e infinito. Pues bien, ¿resulta pertinente esta aproximación?

Las mónadas, gustaba decir Leibniz, son entidades que envuelven el infinito *expresando* el universo (1965: 222 [KSM, *Neues System*, §16]; 1999: 354 [*Théodicée*, §403]). Según el filósofo, se trata de unidades *activas* e *implicantes*, espejos vivos dotados de acción interna (1996: 224 [*Principes de la Nature et de la Grâce*, §3], 254, 256 [*Monadologie* §56, §63]). Es recurrente, por lo mismo, su asimilación a los espíritus; en un breve, pero intenso pasaje de *Unendlichkeit und Fortschritt* (1965: 378), se refiere a ellas como diminutivos de Dios y universos concentrados (“un como-Dios diminutivo [*un comme-Dieu diminutif*], un como-universo [*un comme-univers*]”). En suma, las presenta como sustancias simples dotadas de actividad original (apetitiva, perceptiva, y en algunos casos —las mónadas humanas— imaginativa, mnémica, racional). En ellas se manifiesta un principio autónomo, agente de sus propios cambios, de sus propias modificaciones y transformaciones espontáneas, ejercidas en cada una desde y hacia sí misma. Consecuentemente, cada cual será portadora de lo que Leibniz entiende como “vida” (1965: 348 [KSM, *Entretien de Philarete et d’Ariste*]; 1996: 91-120 [*Considérations sur les princes de vie et les natures plastiques*]).

Advertíamos que, al proceder de este modo, el filósofo apunta a que el ejercicio de la potencia-acto está radicado no ya en Dios exclusivamente (como pretendía De Cusa), sino particularmente en *las* sustancias (así, en plural). ¿Bajo qué condiciones? Bajo la condición de comprender cada sustancia, cada mónada, como una entelequia que realiza continuamente su propia perfección (1996: 246 [*Monadologie*, §18]). Sólo que se trata de una perfección siempre limitada: obedece al alcance parcial que cada mónada tiene del mundo. La mónada envuelve el infinito, pero no cubre con su percepción y representación la plenitud de ese infinito. Si para Nicolás de Cusa, como veíamos hace un momento, la criatura participa de la sustancia divina, pero jamás alcanza la infinitud en acto de Dios (pues, evidentemente, se despliega en la sucesión temporal), para Leibniz, en cambio, la mónada será una entelequia que va confusamente al infinito, siendo desde un principio limitada y distinguida por el grado de sus percepciones distintas (1996: 227 [*Principes de la Nature et de la Grâce*, §6], 255 [*Monadologie*, §60]), pero que al mismo tiempo, aun a cuenta de esa confusión, *realiza* una unidad que no puede sino llamarse *sustancial*. A juicio del filósofo, no será por ende la extensión un atributo primordial de la sustancia, como creían los cartesianos (1965: 316 [KSM, *Neues System*], 340 ss. [KSM, *Entretien de Philarete et d'Ariste*]). Será, en cambio, la *acción* el atributo a destacar: el accionar interno permanente que realiza el grado de su propia perfección. Para Leibniz, existen tantas potencias-actos como mónadas, entelequias de cierta perfección (en comparación con Dios), pero cabalmente perfectas (en relación con la efectuación de su propia potencia); todas ellas infinitas, o más bien tendiendo al infinito, y por lo mismo *implicando* una relación con otras mónadas, cada cual, y todas juntas, *expresando* un mismo mundo en el cual resultan *composibles*.

Me he venido preguntando si convendría a la imagen-pixel una equiparación con la mónada leibniziana, en el entendido de que el problema abierto en esta pesquisa tiene que ver con el ejercicio de la potencia-acto⁴. Seguidamente, incluso antes de esta revisión sumaria de Leibniz, reparaba en sus dificultades. En lo que viene, teniendo a la vista algunos antecedentes principales, y a pesar de ciertas proximidades seductoras, se pueden establecer con mayor seguridad los puntos de diferencia, que ayudarán a perfilar mejor mi propósito en pos de una especificidad ontológica de la imagen-pixel.

Retomo el hilo de mi argumento, indicando que la imagen-pixel encarna la paradoja de una unidad implicante que carece de sustancialidad en el sentido leibniziano. La imagen-pixel no es una sustancia que *realice* por sí sola, de manera autónoma, su potencia activa. Ella no determina tampoco, como es evidente, su propia acción en el curso del tiempo. No es, en sentido estricto, una mónada. ¿Por qué, entonces, acudir a la mónada como modelo aproximativo? Precisamente para dar curso a la paradoja mencionada: el hecho de que *se efectúa* una potencia-acto que no está alojada en una unidad sustancial, *sino* en una unidad implicante inma-

⁴ *Supra.*, apartado 4.

nente. He ahí la virtud del código binario: ejercer, venido como de ninguna parte (es decir de ninguna sustancia), un modo de potencia-acto, el *aparecer* implicante de la imagen-píxel.

Se entiende cuál sea la singularidad ontológica de la imagen-píxel. *Aun careciendo de unidad sustancial, en ella se constituye un acontecimiento, un ad-venimiento, un aparecer: una potencia-acto.* Pero hablamos de una potencia-acto sin sustancia, sin entelequia, que no depende consecuentemente de una acción o de una vida que actualiza su propia potencia, y que, pese a todo, resulta ciertamente *efectuada* como co-implicación de imagen y modelo binario. Diré, por consiguiente, que resulta efectuada como plena potencia inmanente, como potencia activa de una inmanencia *que no es ella misma activa* (en el sentido de la sustancia), sino *automática* (en el sentido del lenguaje binario). En lugar de la auto-nomía de la sustancia, de la criatura o de Dios (De Cusa, Leibniz), tendríamos que hablar más bien de un *automatismo*, de una producción sin proveniencia (por ello, ad-veniente). *Es en este automatismo que radicaría la potencia ejercida inmanentemente.* En lugar de la inmanencia de la sustancia, la inmanencia del código: esa ninguna parte desde la cual ad-viene, como acontecimiento, una imagen implicante, infinita.

6. Una composibilidad ilimitada

Potencia-acto del código, unidad implicante no sustancial, la imagen-píxel debe su extraordinaria condición —ya queda dicho— al lenguaje binario que la compone.

Conviene ligar, aún, un último aspecto a esta lectura. Insinué recién que el código binario —singular medio no material, *hiper-medio* por antonomasia—, estructurando la imagen en píxeles, *se realiza como una potencia-acto desplegada automáticamente.* En razón de este hecho, la imagen-píxel acoge en sí misma una composibilidad ilimitada: en el *continuum* digital, nada es imposible con otra cosa.

Lógicamente, no es ése el alcance de la composibilidad leibniziana. Para Leibniz, la composibilidad depende estrictamente de la co-existencia de las mónadas en el mejor de los mundos posibles. ¿Por qué insinuar, entonces, una composibilidad *digital*? ¿Por qué si no se trata de mundos elegibles ni de mónadas composibles en ese único mundo, el nuestro, el que Dios decretó como existente en virtud de su riqueza de posibilidades composibles (Leibniz 1965: 76-78 [KSM, *Metaphysische Abhandlung*, §9]? ¿Por qué si sólo nos referimos a esas efectuaciones *sui generis* que son las imágenes-píxeles?

Con los antecedentes formulados podemos prever la respuesta. Como nunca sucedió en la historia de las imágenes y de sus medios tecnológicos de generación, la imagen-píxel alcanza una coalescencia, una condición líquida, que la vuelve una verdadera imagen-flujo. Por esta misma causa, carece de matriz en sentido estricto: la propia matriz se ha vuelto líquida. De ello se sigue que la imagen-píxel está siempre abierta a nuevas transformaciones. Su forma plástica habita el campo abierto de las

posibilidades inagotables. Con otras palabras, su ámbito de composibilidad carece de restricciones manifiestas y esto no ha de deberse, ya lo sabemos, a ninguna potencia que ella misma efectuase cual si se tratase de una sustancia individual (que no lo es), sino al despliegue automático de una potencia-acto efectuada en el advenimiento del código *como imagen*.

La imagen-pixel no encierra ninguna potencia-acto que se atribuya a alguna característica inherente a su “ser imagen”, entendido al modo de la sustancia o de la mónada. Sucede otra cosa: ella ad-viene, aparece, *como un acontecimiento activo*, por cuanto implica una composibilidad inmanente que no habrá de agotarse en lo sucesivo. La imagen-pixel no tiene fin. Imagen única, pero en estado de devenir, imagen singular, pero abierta a las demás, será sólo en virtud de su condición hiper-medial, de su composición binaria, que en ella sobrevengan tantas efectuaciones y tantos *posibles digitales* como —valga la redundancia— *sean posibles*. De donde la paradoja de *una* imagen infinita que, sin embargo, puede ser re-efectuada en *otra* imagen infinita y luego en otra, y en otra, etc. Tantas —incontables— como sean activadas a partir de las modificaciones y transformaciones que los modelos binarios *actualizan* como imágenes-avatares infinitas.

7. Bienvenida a los posibles digitales

¿Haremos frente, quizá, a una dimensión de lo posible que tendríamos que distinguir claramente del posible leibiziano y que habríamos de denominar *lo posible digital*? Mi lectura apuesta en esta dirección. Los términos del problema son sencillos: la imagen-pixel constituye, en su aparecer, un posible digital, una actualización inmanente del modelo binario. Quiero enfatizar que estos posibles *implican* siempre otros posibles, que están abiertos a ellos, sean cuales sean: la *composibilidad digital* carece de límites, es fluida (aunque no activa, sino automática).

Esto no tendría ningún sentido bajo la estructura ontológica de Leibniz, cuya condición estriba en que las sustancias están limitadas, en su existencia, a determinadas relaciones que efectúan su potencia-acto en un marco específico, la composibilidad que se produce en el mundo existente. Recordemos que para el filósofo alemán, lo posible reside, en primer término, en el entendimiento divino, “que es, por así decirlo, el país de las realidades posibles” (Leibniz 2005: 66 [*Carta a Arnauld, 14 de julio de 1686*]). Como tales, las sustancias “puramente posibles”, o los mundos posibles concebidos *sub ratione possibilitatis* (Leibniz 2005: 59 [*Carta a Arnauld, 14 de julio de 1686*]), constituyen esencias detentadas por el poder activo de Dios. No obstante, el poder activo de Dios incluye no sólo al entendimiento (que tiene ideas de tales realidades posibles), sino también a la voluntad que *determina* la *existencia efectiva* de un único mundo posible en desmedro de todos los demás (Leibniz 1999: 107-208 [*Théodicée, §7*]). Es decir, Dios *decide* la existencia de *este mundo*, como el único de los mundos posibles que pasa efectivamente a existir.

Es lo que la carta a Bourguet de diciembre de 1714 expresa con meridiana claridad: “Llamo ‘posible’ todo lo que es perfectamente concebible y que tiene, por lo tanto, una idea, una esencia: sin considerar si el resto de las cosas le permite devenir existente” (Leibniz 1996: 275. Trad., mía). Si bien esta precisión es factible de ser hallada en diversos escritos del filósofo, lo que la carta a Bourguet añade como nota singularísima en torno a la elección de Dios de *un* mundo posible entre la infinidad de esencias de mundos posibles activos en su entendimiento, tiene relación con lo que ahora me ocupa, la noción de *composibilidad*. Aun cuando este término no alcanzó a ser elaborado en profundidad, y apenas resalta algún detalle específico en esta misiva, es notorio que se trata de uno de los conceptos definitorios de la filosofía de la sustancia infinita y de la lógica ontológica que ella establece. En uno de sus principales pasajes, leemos:

No todos los posibles son composibles. Así, el universo no es más que la colección de cierta modalidad de composibles; y el universo actual es la colección de todos los posibles existentes, es decir de aquellos que forman el más rico compuesto. Y como hay diferentes combinaciones de posibles, unas mejores que otras, hay varios universos posibles, cada colección de composibles formando uno (Leibniz 1996: 274 [*Lettre à Bourguet*, diciembre 1714]. Trad., mía).

Todas las mónadas están conectadas, relacionadas unas con otras (por alejadas que parezcan), por el solo hecho de *expresar*, cada cual a partir de la potencia-acto que desarrolla, el único mundo posible efectivamente existente, aquel que asegura de mejor manera la riqueza de relaciones entre mónadas que se dan en su abigarrada unidad. En ese continuo mayor que constituye el único mundo existente, co-habitan las sustancias composibles, las mónadas que han pasado a la existencia. En cambio, el hiper-medio digital constituye un *continuum*⁵ en el que las composibilidades no responden a otra cosa que a una implicación *automática* de una imagen con cualquier otra imagen, sin restricciones de ninguna especie. ¿Qué especie de composibilidad es ésta? De partida, una que no sabe de imposibles: en un modelo binario (¿análogo al “entendimiento de Dios”?), el ad-venimiento de un posible constituye la actualización de *un* infinito –la imagen-pixel- que se define como unidad implícante de otros infinitos sobrevivientes. Ya lo advertíamos; el *continuum* digital, el objeto continuo infinito, dada su condición inmaterial, constituye un espacio de transferencias y remociones *entre-imágenes*, esto es, entre diversos *posibles digitales*, siempre determinados por su apertura e implicación ilimitada.

Si este objeto epistemológico extraordinario que resulta ser la imagen-pixel exige una consideración ontológica de acuerdo a parámetros como los que he buscado precisar aquí, cuya llamada me propuse atender volviendo sobre las herencias conceptuales de un Nicolás de Cusa o de un Gottfried Leibniz, es porque en ella, y en las tecnologías sintéticas en general, experimentamos nuevas modalidades de lo

⁵ *Supra.*, apartado 1.

unitario y de lo infinito, de lo posible y de lo composable. Por ello es que esta forma de “meta-imagen” (Ritchin 2010) o “imagen cálculo” (Quéau 1993), nos sitúa de lleno en un universo atópico de informaciones inmanentes, neo-mediales, que redefinen aquello que dábamos en llamar “una imagen”. Como nunca antes, una imagen, una imagen-píxel, *aparece* en estado de devenir y de implicación. Una imagen *es* su modelo; una imagen *es* y al mismo tiempo *deviene* muchas otras imágenes. Esto significa, muy probablemente, que la lógica simulacral, formulada brillantemente por el texto platónico, ha sido reemplazada por los *posibles digitales*. No se trata de que al manipular una imagen-píxel actuemos como pequeños dioses. Se trata más bien de que, en cuanto usuarios, o en cuanto compositores digitales, damos curso a un tipo de relación con otros usuarios (con un tejido socio-comunitario globalizado bajo el formato de la conectividad), pero también, simultáneamente, con un complejo (in)material encarnado en la imagen misma, en esa imagen líquida, sin cuerpo, modulable *ad infinitum*, que es la imagen-píxel. Y en ese afán, tan cotidiano por lo demás, y muchas veces sin advertirlo, hacemos la experiencia de una ontología de la inmanencia, con sus problemas y requerimientos específicos, que comporta los signos de una época.

Bibliografía

- De Cusa, N. (2012). *Le Tableau ou la Vision de Dieu*. Paris : Les Belles Lettres.
 (2013). *La Docte Ignorance*. Paris: Flammarion.
 (2014). *Le « Pouvoir-est »*. Paris : Presses Universitaires de France.
- Deleuze, G. (1988). *Le pli. Leibniz et le baroque*. Paris: Éditions de Minuit.
 (2009). *Exasperación de la filosofía*. Buenos Aires: Cactus.
- Kittler, F. (2010). *Optical Media*. Cambridge, UK, Malden, MA, USA: Polity Press.
- Leibniz, G. W. (1965). *Kleine Schriften zur Metaphysik [KSM]. Philosophische Schriften Band 1*. Hans Herausgegeben und übersetzt von Hans Heinz Holz. Frankfurt am Main : Suhrkamp.
 (1996). *Principes de la Nature et de la Grâce, Monadologie et Autres Textes 1703-1716*. Présentation et notes de Christiane Frémont. Paris : Flammarion.
 (1999). *Essais de Théodicée*. Paris : Flammarion.
 (2005). *Correspondencia con Arnould*. Buenos Aires: Losada.

Manovich, L. (2001). *The Language of New Media*. Cambridge, Massachusetts : The MIT Press.

Quéau, P. (1993). *Le Virtuel. Vertus et Vertiges*. Paris : Éditions Champs Vallon.

Ritchin, F. (2010). *After Photography*. W. Norton & Company.